

**TRABAJO SOCIAL Y CIENCIAS SOCIALES.  
PODER, FUNCIONALIZACIÓN Y SUBALTERNIDAD DE SABERES**

**Belén Lorente Molina**

*Profesora Titular E.U.A Trabajo Social  
Universidad de Cádiz. España GEISA.*

**Resumen**

La relación entre Trabajo Social y Ciencias Sociales es interpretada a partir de tres consideraciones: la imbricación entre poder, funcionalización y subalternidad en la producción de los saberes del Trabajo Social; las condiciones de gestación en la producción de su conocimiento, y las particulares miradas del Trabajo Social como aporte a la comprensión de las realidades contemporáneas. Estos procesos proporcionan claridad en orden a comprender la naturalización de la cierta exclusión científica y académica del Trabajo Social por parte de profesionales del Trabajo Social y de otras disciplinas.

**Abstract**

Relation between Social Work and Social Sciences is interpreted in this article –“Social Work and Social Sciences Power, Funtionalization And Subalternity Of Knowledges”– starting from three considerations: the imbrication between power, functionalization and subalternity in the Social Work’s knowledges production; conditions of gestation in producing its knowledge, and the particularities of the look at the Social Work as a contribution to the comprehension of contemporary realities. These processes provide clarity to understand the naturalization, on the part of professionals of Social Work, as well as those from disciplines different from this last in the scientific and academic scenery.

# TRABAJO SOCIAL Y CIENCIAS SOCIALES. PODER, FUNCIONALIZACIÓN Y SUBALTERNIDAD DE SABERES<sup>1</sup>

**Belén Lorente Molina**

*Profesora Titular E.U.A Trabajo Social  
Universidad de Cádiz, España y GEISA\**

## Introducción

**A**quí me concentraré en exponer los trazos básicos de tres procesos de la naturalización de la exclusión del trabajo social dentro de las Ciencias Sociales (cs.ss.), esfuerzo que ha de ser entendido como un aporte metodológico para la aproximación a la crítica de su exclusión, más que como una explicación acabada. El primer proceso de la naturalización de la exclusión del trabajo Social es la configuración de los saberes, los poderes, la funcionalidad y la subalternidad; el segundo, la gestación y producción del conocimiento; y, el tercer y último proceso, es la aportación a la comprensión de la realidad social. Los tres procesos conducen a perfilar, lo que aquí se llama, el momento epistemológico del trabajo social en las cs.ss. Se llama pues, **momento epistemológico**, ese instante de reflexión y de construcción-deconstrucción de unas determinadas prácticas de saber, que analiza la naturalización de las relaciones sociales de conocimiento,

revisa sus análisis, crea disciplinamientos intelectuales, conduce la memoria profesional y disciplinaria, y renueva las fuerzas de la identidad profesional.

No se busca enfrentar a las cs.ss con el trabajo social. Se trata de mostrar, en cambio, que el trabajo social lo que presenta son los problemas propios de las mismas cs.ss. los de la legitimidad de éstas frente a las ciencias naturales, los de la construcción de los campos epistemológicos, los de método, etc. Tal parece que ninguna disciplina social y humana está en condición de darles lecciones a las demás. Además, la profundidad histórica del trabajo social no puede ser pensada con la infantil edad de menos de un siglo, edad que justifica cualquier intromisión soberbia de otras disciplinas, con supuesto mayor carácter y permanencia en el tiempo, que no es lo mismo que historia. Las formas históricas de la ayuda se remontan mucho tiempo atrás, pues no ha habido sociedad, ni cultura que no la haya concebido y aplicado<sup>2</sup>. Lo que sí es necesario plantear es que si bien el trabajo social no es invisible dentro de la academia, se han naturalizado ciertas prácticas –ídem académicas– tanto desde el trabajo social como de las cs.ss., percibidas aquí como de desconocimiento de las cs.ss. hacia él. La minusvalía disciplinaria con la que

---

1 Este artículo adelanta reflexiones articuladas a mi investigación doctoral sobre Culturas del trabajo, género e identidad socio-profesional de las y los trabajadoras/es sociales, adscrito al Grupo de Investigación para el Estudio de las Identidades Socioculturales en Andalucía.

\* Universidad de Sevilla, España, y Grupo de Investigación para el Estudio de las Identidades Socioculturales en Andalucía (GEISA).

---

2 Cfr. Red, de la N, *Aproximaciones al Trabajo Social*, Siglo XXI, Madrid, 1993.

algunos científicos sociales entienden el trabajo social es una relación viciada que hay que desmontar desde el trabajo social. ¿A quién más le podría interesar?

No desarrollaré expresamente la estructura sociocultural de los grupos depositarios y reproductores del prestigio y la hegemonía de ciertos saberes. Lo que sí observaré escrupulosamente, es que la configuración de saberes en trabajo social apunta a una redefinición de la identidad profesional y a una programación de agenda epistemológica, que incluya lo que para nuestro ámbito civilizatorio suponen los significados y prácticas derivados de las culturas de género, masculinas y femeninas. Existe una producción bibliográfica<sup>3</sup> interesante sobre la relación entre conocimiento, desarrollo profesional, subalternidad y género. Además, algunas consideraciones las he tratado en otros

---

3 Cfr., CABRÉ, M. y ORTIZ, T. (Eds), *Sanadoras, matronas y médicas en Europa, Siglos XII-XX*. Icaria, Barcelona, 2001, pp.189-213; Fischer, R. "Religiosidad y servicio al hermano en las mujeres medievales" y Ramírez, MH, *El género, la asistencia social y la beneficencia en la ciudad de Santafé de Bogotá durante la época colonial*; ambos en Lorente, op.cit, 2002, pp. 67-86, pp. 87-104; Grassi, E., *La mujer y la profesión de asistente social. El control de la vida cotidiana*. Humanitas, Buenos Aires, 1989; Ortiz, T., "El género, organizador de las profesiones sanitarias, en Fernández, T., Miqueo, C. y Yago, T., (eds), *Perspectivas de género en salud*, Madrid, 2001, Biblioteca Nueva; Ruiz, M.J. y Jiménez, I., "El género y la profesionalización de la vigilancia y el control social: las instructoras sanitarias" en Ramos, M D y Vera, T (eds.), *El trabajo de las mujeres, pasado y presente, Actas del congreso internacional*. Tomo III, Málaga, Diputación de Málaga y Seminario de Estudios Interdisciplinarios de la Mujer, 1996, pp. 239-246; Sánchez, B. y Pinto Afanador, N. (coords), *Dimensiones del cuidado*. Grupos Cuidado. Facultad de Enfermería, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá; 1998, Struch, J. y Guell, op.cit.

trabajos<sup>4</sup>, por lo cual me abstendré de relacionarlas aquí en detalle.

### Planteamiento del problema

La tesis de este artículo es que el Trabajo Social ha sido sometido, dentro de las cs.ss., a ciertas prácticas excluyentes –consideradas naturales: vr. gr. el trabajo social es práctico y no teórico; es una disciplina aplicada que no produce conocimientos, los implementa, etc.–. Para desarrollarla se necesitarán instrumentos críticos adecuados y la revalorización de la identidad profesional. Aun cuando es posible hallar cierta **literatura de resistencia** que ha intentado dar el debate dentro de las cs.ss en nombre del trabajo social, todavía hay mucho camino que recorrer. Aquí se considera que el trabajo social generó habilidades que produjeron saberes y dinámicas de interpelación, teóricas y metodológicas, básicas para el desarrollo de las cs.ss, y que la disciplina ha constituido un cuerpo de conocimientos alrededor de la ayuda y el cuidado que son útiles a las cs.ss. La reflexión sobre la relación entre trabajo social y cs.ss., ha de enmarcarse cuando menos en uno de los tres tipos siguientes de relaciones: la primera es intra-cs.ss.

---

4 Cfr, LORENTE, B., "Género, profesión y cultura. Una aproximación al estudio de la identidad de los/as trabajadores/as sociales", *Revista de Servicios Sociales y Política Social*, N° 49, Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social, Madrid, 2000, pp.97-112; y *Revista de Trabajo Social*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2001, pp.52-67. Y, "La feminización, lo religioso y la profesionalización del cuidado. Elementos para el estudio de las llamadas profesiones femeninas. El caso del trabajo social", en Lorente, B., (Ed), *El hecho religioso y la ayuda social. Estudios sobre su historia, epistemología y práctica*, Humanizar, Bogotá; 2002a, y "Desarrollo, calidad de vida y derechos humanos. Apuntes para una discusión desde el Trabajo Social" en Zambrano (Ed) *Etnopolíticas y Racismo*, UNAL, Bogotá, 2002b.

La segunda, es inter cs.ss. y trabajo social, que tiene el subcampo de las relaciones entre disciplinas específicas (vr. gr. sociología, antropología, etc.) y trabajo social. Y, la tercera, es entre trabajo social y cs.ss., que tiene el subcampo entre trabajo social y disciplinas específicas. La segunda y la tercera no tienen la misma implicación: no es lo mismo hablar de la influencia de la psicología en el trabajo social, que hablar del trabajo social en la psicología. Tal complejo de relaciones no será específicamente tratado en este trabajo. Sin embargo, esas subdivisiones serán necesarias para abordar nuestro problema con relativa coherencia.

El trabajo social se ha acostumbrado a recibir orientaciones académicas –con cierta frecuencia– por parte de otras disciplinas (vr. gr. sociología, psicología, antropología, ciencia política y derecho), mediante textos –generalmente manuales– producidos por especialistas que no son trabajadores sociales (tt.ss.). Si llegaran a publicarse manuales, compendios, textos y artículos, etc., para profesionales de cada una de esas disciplinas, escritos por trabajadores sociales, que les aclararan quiénes son, cuál es su historia y cómo deben proceder en sus investigaciones, quizás los sociólogos, sicólogos, antropólogos, etc., percibirían la situación como algo inaceptable. Este caso hipotético sirve para iniciar una reflexión sobre cómo se introducen las formas de dominación encaminadas a producir la exclusión y la marginación de las prácticas profesionales, que se consideran de bajo perfil científico. El interés se centra, sobre todo, en animar las sensibilidades críticas frente a la situación del trabajo social en el mundo académico. Se entenderá –o cuando menos se intuirá– que dicho sentido apunta a pensar el poder de la “legitimación científica” en el contexto de las cs.ss., para naturalizar la exclusión y limitar el reconocimiento del Trabajo Social como productor de saber y generador epistemológico. No será necesario que en España, Colombia, México, Estados Unidos o la India, las currículas nacionales de

las Cs.Ss. prescriban bibliografías obligatorias de textos titulados “Trabajo Social para sociólogas,” o “Trabajo Social para psicólogas”, o “Trabajo Social para antropólogas” o “Trabajo Social para politólogas”, etc., si se horizontalizan las relaciones académicas.

Si se pone en una balanza, de un lado, el crédito –documental o bibliográfico– que las trabajadoras sociales (tt.ss.), reciben por su trabajo profesional, académico, investigativo o intelectual, al ser citadas en estudios de otras disciplinas de las cs.ss.; y, del otro lado, las ocasiones que las tt.ss. citan autoras de otras cs.ss., se advertiría, sin lugar a dudas, la desproporción entre un caso y otro. Es posible que dicha observación no sorprenda, pero ello no exime la pregunta por las razones de dicho desequilibrio. Y eso que se presupone que estamos en un marco de interdisciplinarietà. Sin embargo, dichas razones no se hallarán considerando ese dato como fundamental, natural y de sana y consecuente costumbre académica; tal normalidad debe revisarse para entender la forma como el trabajo social se tiene en cuenta a sí mismo a través de las referencias –manifiestas o latentes– de sus propias experiencias analíticas, porque los indicadores de citación, para este caso que trata de pensar la relación entre trabajo social y cs.ss., son apenas un estrecho indicio del complejo modo de reconocimiento de los saberes producidos dentro de las cs.ss. Muchas veces, la naturalización es, como se ha demostrado, una manifestación de la exclusión de saberes, en este caso, que nuestras “democráticas” cs.ss. padecen. Se entiende que el asunto aquí planteado trasciende el hecho de la citación.

Entre las cs.ss. –se puede decir– hay desigualdad, aunque en apariencia sean académicas todas sus disciplinas. Ciertas tradiciones sociológicas (Durkheim, Weber, Merton, Bourdieu) imperan en las cs.ss. como saberes de mayor validez y reputación científica, lo cual sin duda es inobjetable, para un t.s. como para un antropólogo. En cambio los tt.ss. pareciera que no pueden producirlas; se aduce, simplemente, que no

originan conocimientos científicos, sino que los aplican. Ciertas posiciones dentro de las cs.ss., que se autoproclaman científicas, tolerantes e interdisciplinarias –algunas de ellas maniqueamente– invisibilizan los saberes que producen las prácticas<sup>5</sup>. ¿Acaso la experimentación, vale decir, la práctica investigativa de laboratorio no produce conocimiento?, ¿acaso la sociología de Weber no se fundamenta en la acción social, y la de Bourdieu no se sostiene en los *habitus*?, ¿acaso las cs. ss no han reformulado el estudio de las prácticas como generadoras de conocimientos?, ¿no se motivó la IAP en Colombia con base en un cuerpo de experiencias y operaciones de ayuda y cuidado social? Por eso es común escuchar a las colegas que “hay ciencias de primera y de quinta categoría” –aunque en conjunto sean todas de quinta frente a las denominadas ciencias duras–, lo dicen porque piensan que la sociología es una cs ss de primera y el trabajo social es de quinta –baste con enunciar el tratamiento displicente de sociólogos hacia él: Moix<sup>6</sup> y Struch y Guell<sup>7</sup>, por citar un par–. Por lo tanto, el acontecimiento que deberá procesarse como dato significativo es el modo mediante el cual se configuran los mecanismos de control y subordinación al interior de las cs. ss, que como en el trabajo social facilitan la imposición de saberes y prácticas sobre él. De lo que se trata, insisto, es, analizar en profundidad la función social y la pertinencia de la producción científica del trabajo social dentro de las cs. ss., y a partir de ello determinar cuál es su lugar en la contemporaneidad.

5 “En vez de querer elaborar una teoría y unos métodos propios del trabajo social, ¿no debería la profesión servirse, sin más, de las teorías, de los métodos y de las técnicas que les proporcionan las distintas ciencias sociales, desde la psicología hasta la sociología, y desde la medicina hasta el derecho?”. Esta cita se extrae del texto de Struch y Guell, pp. 257.

6 Cfr., MOIX, M., *Introducción al trabajo social*, Trivium, Madrid, 1991.

7 Cfr., STRUCH Y GUELL, *Sociología de una profesión. Los asistentes sociales*. Península, Barcelona, 1976.

Tal indagación no busca el lenguaje políticamente correcto, ni el de una ley de cuotas que “democratice” la socialización de conocimientos del trabajo social; no se trata de una lucha que obligue a ser citados, ser leídos, horizontalizar discusiones, reconocimientos intelectuales, inclusión formal, pues nada hay más antipático y antiacadémico que ello, tampoco se trata de reivindicar por esa vía pertenecer al circuito hegemónico que legitima la interpretación científicista. Me interesa, en cambio, la polémica, el reto de la denuncia académica, la ponderación de las formas de exclusión entre saberes, y la promoción de una mirada interna a las cs. ss. que permita visualizar las limitaciones y posibilidades que este tipo de debates generan en nuestra profesión. Por tanto, comenzaré este trabajo intentando la reflexión que no remita a una demanda “forzada” de articulación “armónica” entre trabajo social y cc.ss, sino a una deconstrucción a conciencia de esa relación, la cual –explícitamente– no pretende suscitar consensos y convergencias de voluntades al interior de la profesión.

### La configuración de los saberes

#### *(Poder, Funcionalidad y Subalternidad)*

Sobre este capítulo –la configuración de los saberes– descansa el desarrollo de mi tesis sobre la exclusión del trabajo Social en las cs.ss., de ahí su relevancia para entender el análisis subsiguiente sobre la génesis y producción, y sobre la aportación del trabajo social a la comprensión de la realidad social. Aquí se pone de manifiesto que los saberes no se fraguan exclusivamente de la especialización de los conocimientos; además de ella, interviene un conjunto de relaciones sociales en el que maniobran el poder dominante, la funcionalidad de lo excluido, y la subalternidad que es el empoderamiento que dicha funcionalidad reconvierte en poder subalterno.

Las configuraciones que delinear las nociones de saber y de poder en las cs. ss no pueden ser observadas,

analizadas, revisadas, ni evaluadas de forma unidimensional. Puede pensarse que la funcionalidad de lo excluido si bien marginaliza de un polo, hegemoniza del otro, a manera de tensión inherente de poder. De las confrontaciones que de dicha tensión estallen, derivarán las maniobras de construcción-deconstrucción crítica. Es por la funcionalidad confrontada, que los saberes fragmentarios del trabajo social –los generados, por ejemplo, por autores que batallan por un posicionamiento identitario y reflexivo en el seno de la sociedad, la academia y las cs.ss.–, desarrollan cierta subalternidad que les permite prosperar, no como progresan los saberes poderosos, pero sí empoderándose gradualmente mediante sus prácticas y habilidades sociales y políticas.

En la subalternidad –que como se deduce del sentido de lo hasta aquí planteado, es una construcción– se incuban las habilidades de los saberes funcionales, ciertos *hábitus* disciplinarios, que traduciendo los paradigmas dominantes, se visibilizan. La organización y consolidación de ese campo de confrontación pone en juego: 1- la deconstrucción de una única mirada e interpretación de mundo, publicitando la diversidad de interpretaciones, 2- la restitución histórica del dominio de los saberes dominantes a la pluralidad que conforman alternativas convivenciales, 3- la sustitución de unas representaciones por otras que aún no han mostrado su grado de eficiencia. Esto es, al final, un guión ético: 1- el deber-derecho a promover los saberes que produce la experiencia de los tt.ss., 2- el derecho-deber a que se reconozca la capacidad histórica del saber social de los tt.ss., 3- el deber-derecho a demostrar la eficiencia socioestructurante del trabajo social.

La intersección que permite la comprensión de los términos en que se ha gestado la identidad de la disciplina y, con ella, el estatus profesional, descansa, en buena medida, en el vínculo existente entre saber especializado y el poder que dicho saber proporciona a un grupo

ocupacional<sup>8</sup>. Si el valor y, consiguientemente, el poder otorgado a una ocupación, como el trabajo social, se ha constituido históricamente con un perfil residual, no centralizado, puede pensarse que las condiciones en que dicha ocupación ha producido conocimiento, consolidan una situación de subordinación sostenida a lo largo de su desarrollo. Vale decir, el trabajo social viene produciendo a través de su historia saberes subalternizados<sup>9</sup>, constituye una especie de producción teórica autónoma, que no necesita para afirmar su propia validez del beneplácito de un sistema de normas comunes, nos referimos con ello a los planteamientos teóricos de Foucault acerca de los “*saberes sometidos*”, los cuales define como:

“... toda una serie de saberes descalificados como incompetentes, o, insuficientemente elaborados: saberes ingenuos, inferiores jerárquicamente al nivel del conocimiento o de la cientificidad ejercida... un saber diferencial incapaz de unanimidad, que debe su fuerza a la dureza que le opone lo que le rodea; y es mediante la aparición de este saber, de estos saberes locales de la gente, como se ha operado la crítica”<sup>10</sup>.

Si el saber es poder, y si las cs.ss. producen saber, entonces el saber de las cs.ss. es poder. Igualmente se podría decir del saber social que se produce al margen de la ciencia: si es un saber es un poder; y si la sociedad produce saber al margen de la ciencia, el saber no científico, entonces, también ese tipo de saber es poder, del que –según Foucault– nace la crítica al sometimiento.

8 Cfr. RHODES, M., “Saber y prácticas de la matronería en Gran Bretaña”, 1936-1950, en Cabre, M. y Ortiz, op. cit, pp.189-213, 2001.

9 Cfr. LORENTE, B., op. cit, pp.135-162, 2002.

10 FOUCAULT, M., *La microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, p. 122, 1992.

Entonces, hay conocimientos académicos que obtienen prestigio y legitimidad social, y otros que no; así como hay conocimientos sociales que obtienen prestigio académico o científico y otros no. Pero ambos pueden ser funcionales entre sí. Se sirven unos de otros, aunque de manera desigual.

Las tt.ss. tenemos una disciplina que históricamente ha sido no sólo sometida, sino funcional: ha estado al servicio de las empresas, como de los gobiernos, de las revoluciones como de las tradiciones, ha llegado a la academia pero se realiza en diversos ámbitos extra-académicos de aplicación, es fundamentalmente experimental, pero no deja de tener dificultades en cuanto a su estatus científico, y, además, no por casualidad, es femenina. Continúa produciéndose una desigualdad estructural en su reconocimiento. La condición estructural de desigualdad en el reconocimiento académico y sociopolítico del trabajo social, está relacionada con una práctica histórica discriminatoria, la cual se identifica mediante las formas en que los saberes han venido asignándose a unos grupos sociales en detrimento de otros. Tal práctica se constituye como un hecho de poder emprendido por los grupos culturales y políticos hegemónicos; éstos persiguen monopolizar la producción, capitalización y utilización de aquellos conocimientos que social y culturalmente son considerados prestigiosos y rentables. Mientras que los saberes que resultan funcionales y sostenedores de los conocimientos dominantes suelen quedar desconocidos o descalificados, aún siendo una de sus características definitorias la de apuntalar a aquéllos. No cabe duda de que la inmensa maquinaria teórica que asimila el trabajo social se funde en las prácticas de los tt.ss., que las realizan, difunden y legitiman. Basta analizar las currículas de formación en las que las asignaturas fundamentales que se imparten, pertenecen mayoritariamente a campos disciplinares diferentes al trabajo social, y son dictadas por docentes cuya formación profesional no es trabajo social. ¿Será posible algún día dictar cátedras basadas

en los conocimientos y experiencias específicas de los trabajadores sociales?

Los efectos de la funcionalidad de lo excluido se dejan sentir entre aquellos colectivos destinados a reproducir una posición secular, hegemónica o subalterna, e histórica, dentro del campo del saber, y generan –entre unos y otros grupos– una condición de asimetría que es estructural, pero también estructurante de prácticas presentes y futuras. Poder y funcionalidad van de la mano en tanto estrategias que restringen el uso del saber sometido, mediante unos mecanismos simbólicos de dominación y toda una variedad institucional, económica y política, que impide eficazmente el acceso de los “subalternos” al control del poder.

Las cualidades presentes en la forma de comprensión y abordaje de la realidad social en el trabajo social serán mejor entendidas mediante el estudio de las características sociohistóricas de gestación y evolución de los saberes. La forma en que se ha construido su funcionalidad y los pilares en la que descansa, permitirán identificar la configuración y los porqué de sus luchas, así como registrar las condiciones de la construcción de su memoria. Entender el progresivo empoderamiento de la praxis, conlleva el análisis paralelo de los efectos y de la capacidad anulatoria de los discursos considerados científicos, en el seno de las cs.ss. Ello produce la insubordinación foucaultiana, pero, no sólo del saber que se empodera, sino, consecuentemente, de los grupos que lo implementan. Las perspectivas unitarias de instancias teóricas, que en su misma naturaleza tienden a jerarquizar saberes, reordenarlos y otorgarles valores diferenciados, se ven enfrentadas de esta manera, lo cual no quiere decir que pierdan su carácter hegemónico, pero sí se debilitan al compartir protagonismo con otros discursos.

La incipiente genealogía de la historia profesional rastrea la naturaleza de la discontinuidad, de la

fragmentación y de la descalificación, traducidas como falta de legitimidad y autoridad científica. La investigación histórica arrojará luces sobre qué espacios quedan insuficientemente explicados, identificará los sujetos constructores de la historia, quiénes quedaron olvidados o maltratados, y profundizará en los momentos coyunturales y de inflexión que determinan sentidos contemporáneos. Todo lo cual propende a una reelaboración de la memoria colectiva de la profesión, incidiendo en una perspectiva menos desarrollada, que podría contribuir a la conformación de esas "historias locales del trabajo social", nutridas de variables básicamente comprensibles desde contextos y experiencias particulares. En este sentido, se configuran nuevas posibilidades en la interpretación de ese pasado que, en definitiva, suponen nuevas posibilidades epistemológicas<sup>11</sup>. Lo local no refiere exclusivamente a un ámbito espacial concreto, más bien se constituye en relación con diversas redes que entretejen significados identitarios. Por ello incluye el espectro de discursos elaborados —los que han adquirido autoridad al interior de la profesión, y los que no—, los grupos que han conformado tradiciones de acción y sus relativos poderes, las escisiones entre la academia y el espacio laboral, las condiciones estructurales de consolidación profesional, los contenidos presentes en las culturas del trabajo de esta profesión, etc.

### **Condiciones de gestación y producción de conocimiento del Trabajo Social en el marco de las cs.ss.**

Se pueden elaborar discursos acerca de las influencias mutuas y los desarrollos teóricos, sobre cómo las relaciones entre cc.ss. y trabajo social han contribuido, en mayor o menor medida, a que determinados campos de la intervención social sean enriquecidos, con el fin de explorar las condiciones de

gestación y producción de conocimientos del trabajo social. Indudablemente, el esfuerzo por la comprensión de los acontecimientos sociales, que afectan a personas y colectividades, forma parte de la aventura de saber quiénes somos y de cómo responder a las preguntas vitales que la humanidad se plantea. Comparto con Álvarez que *"sólo una postura que rompa con los campos de poder disciplinar permitirá reencontrar a las cs.ss. y a sus respectivas tradiciones, para generar nuevos conocimientos reinventados y fértiles que permitan conocer la complejidad del mundo contemporáneo"*<sup>12</sup>. Los hechos incuestionables de la ciencia están ahí para ser admitidos y reconocidos o rechazados por cualquier sujeto, grupo o colectividad.

Este artículo reconoce las diferentes tradiciones disciplinares e intelectuales y su contribución incuestionable al trabajo social. En realidad cualquier disciplina obtiene de, y ofrece a las demás —con las que interactúa— auxilios que usará en función de sus necesidades epistemológicas, políticas y socio-culturales. Sin embargo, tal y como apuntó Álvarez, en las disciplinas son los campos de poder los que estructuran el conocimiento y las diferentes tradiciones; por ello aquí interesa —preferentemente— saber cuáles son los sucesos que otorgan autoridad a determinadas interpretaciones de la realidad, cuáles de ellas designan lo que constituye "verdad", y cómo se confiere la legitimación a unos —y no a otros— registros interpretativos. Si partimos, por tanto, de una perspectiva menos idealista de la articulación entre trabajo social y cs.ss., otorgamos cierta centralidad analítica a las formas sociales de producción de conocimientos, y atendemos las condiciones en que

<sup>11</sup> LORENTE, B., op. cit, 140, 2002a.

<sup>12</sup> ÁLVAREZ, S., "La pacificación de la multiculturalidad globalizada. Recomposición de campos del saber y nuevas formas de intervención social", p. 337, en Lorente y Zambrano (Eds) *Estudios introductorios en Relaciones Interétnicas*, Humanizar, Bogotá, 1999.



se gestan los procesos de expansión social de dichos conocimientos –de los sujetos que intervienen, de los agentes que los legitiman, del papel de la influencia política y del poder que imponen unos grupos sobre otros, de los saberes que se silencian, de los beneficios y perjuicios de cada logro de la ciencia, etc.–, estaremos ante dimensiones distintas de la relación trabajo social-cs.ss, admitiendo las implicaciones que van más allá de las meras relaciones de buena vecindad entre diferentes disciplinas profesionales, como factores determinantes en la producción social de conocimientos.

El trabajo social se ha organizado académicamente bajo una intensa tutela teórica; situación que ha formado parte del esfuerzo para ocupar un espacio académico, científico y profesional, minado de inconvenientes. Se acudió a otras disciplinas para complementar un diálogo interdisciplinario que exigía la naturaleza práctica de su funcionamiento –algo que todavía estamos evaluando– debido a la escasez de referentes científicos y académicos propios, que no había tenido tiempo de producir. Otros campos disciplinares han padecido experiencias similares –pues sin lugar a dudas los currículos académicos lo que siempre han demostrado es la interdisciplinariedad de los conocimientos– pero con resultados psicológicos y de prestigio profesional diferentes. Es necesario preguntarse cómo se otorgan los pesos simbólicos y prácticos a la interdisciplinariedad en procesos parecidos de constitución disciplinar *vr. gr.* en la medicina, las ingenierías, la biología, etc. Todo el mundo sabe que la medicina es anatomía, farmacología, tecnología, administración sanitaria, etc. Nuevamente, es suficiente mirar los sucesivos planes de estudio de trabajo social para identificar las asignaturas que mantienen la situación de tutelaje y la reproducen hasta la actualidad. Por ejemplo, en España las materias centrales en la carrera de trabajo social son sociología, derecho (constitucional, administrativo, civil),

psicología, antropología, estadística, economía, entre otras. Sin embargo, para rendir informes sociales en procesos judiciales que los requieran, los tt.ss han echado mano de las peritaciones judiciales, pero no han llegado a producir, digamos unas “antropologías jurídicas”, vale decir, una suerte de subdisciplinas académicas propias.

Amén de que cuando la sociología o la antropología, por ejemplo, “se miraban el ombligo”, es decir, profundizaban en la trayectoria que les otorgaba coherencia a sus objetos de estudio, el trabajo social apenas comenzaba su andanza académica –eso sí, en tiempos y con intereses diferentes, según pensemos en Iberoamérica, Europa o Norteamérica–. Las relaciones del trabajo social con otras disciplinas y, en general, con las cc.ss., muestran desagradables encuentros, si nos atenemos a la línea de análisis que se ha planteado en los párrafos anteriores a saber: las cc.ss. pensadas en su complejidad concreta y no en su armonía abstracta. Las cs.ss. son mucho más interesantes y reveladoras cuando son pensadas como un campo de poder en el que se dan cita intereses disciplinarios, conceptuales y profesionales diferentes, los cuales son diversificados según las mediaciones que operen –singularmente– los sujetos (colectivos e individuales) que intervienen en él. Las cs.ss., como un campo de poder, lo que ofrecen es un escenario concreto en el que se producen y se confrontan visiones que están más allá del discurso que tilda o no de científico el conocimiento producido en su interior. Esas luchas no son gratuitas y se dirigen a la reproducción y consolidación de ciertos grupos que legitiman las acciones académicas y políticas, y los discursos sociales y económicos dominantes.

La trayectoria histórica del trabajo social debe tenerse presente para entender la ubicación de las relaciones con las cc.ss., en general, y con las diferentes disciplinas, en particular. Como sabemos el proceso de construcción académica y disciplinaria no ha estado exento de

problemas. Las lagunas y dificultades que han existido se han enfrentado y se han ido superando, aunque, lógicamente, los conflictos se transforman, los problemas no desaparecen y los restos no dejan de existir. En este contexto se citarán tres ejemplos, a través de los cuales se pondrán de manifiesto algunas de las difíciles condiciones de franca intención de sometimiento, con las que el trabajo social tiene que seguir lidiando.

Ander Egg<sup>13</sup>, en el análisis que realiza acerca de la proliferación de las escuelas de trabajo social, hace mención a un hecho que él denomina “invasiones” y cita la expresión de Barreix “*legión extranjera*” para señalar como invasores del campo de las escuelas de trabajo social a los profesionales de otras disciplinas. Voy a citar en extenso lo que en su texto describe. Llama la atención su posición, porque este autor no es un trabajador social:

“ A ellas...(las escuelas de trabajo social)... van a parar los desahuciados de otras profesiones, concretamente los diferentes “ólogos”, que andan por allí: sociólogos, psicólogos, antropólogos, pedagogos, politólogos, etc. Son los “nuevos invasores” como antes lo fueron los médicos y los abogados. Y esto nos preocupa, no por un afán profesionalístico (quien esto escribe no es trabajador social), sino por las distorsiones que se producen en la formación... También acontece que cuando un director que no es trabajador social accede a la dirección de una escuela y dice “llevar su gente” (como si se tratara de una agrupación política), lo que ocurre es que lleva a sus colegas de profesión, como si las Escuelas de Servicio Social fueran

una “olla de puchero” en la que se puede poner cualquier cosa... Pero hay todavía más: los diferentes “ólogos” que llevan a las Escuelas, lo hacen con la penetración de elevar el nivel de las mismas, aunque en el momento de su ingreso no se hayan enterado de qué es eso del Servicio Social. Con un total infantilismo desde el punto de vista científico y humano, proceden como si con ellos se iniciase la “renovación del servicio social.”... Nos hemos encontrado con que algunos de los “descubrimientos” o “aportes originales” de estos presuntuosos, eran cuestiones que hacía más de una década que conocían muchos trabajadores sociales. En otros casos los “ólogos” comienzan a interiorizarse de lo que es el Servicio Social y, cuando comienzan a entender algo, son removidos de sus cargos, porque hay otro director que “trae su gente”<sup>14</sup>.

En este contexto “invasivo” del que hablan Ander Egg y Barreix, articulado a la situación compleja en la que se pretendía consolidar académicamente la profesión, pueden registrarse hechos en que las carencias y dificultades que se derivaban de tal situación eran recordadas a las estudiantes como si fueran un cáncer, y no algo connatural a un estadio del desarrollo de la profesión. Lo grave de ello es que la poca autoestima intelectual era fomentada de forma oprobiosa por profesores de otras disciplinas, aunque también habían algunos de la nuestra. Faltó responsabilidad intelectual y ética, y esto no quiere decir que ya se haya logrado. Ha sido necesario, progresivamente, invertir energías intelectuales y gremiales en la construcción de propuestas sistemáticas y alternativas propias para superar la condición de subestimación académica, energías que se dispersan y no se encauzan en el avance de un concepto más elevado de nuestras posibilidades.

13 ANDER EGG, E., *Historia del Trabajo Social*, Lumen, Buenos Aires, 1994.

14 *Ibid.*, p. 339.

Aún no tengo muy claras las razones de mi desavenencia con el término “invasión”, aunque es cierto que buena parte de estos autores lo señalan en pasado; pero sigue siendo desconcertante que esa situación aún continúa ocurriendo. En la investigación histórica que llevo a cabo en España sobre las relaciones entre cs.ss. y trabajo social, y en mi experiencia docente (*investigación de campo*), he podido registrar situaciones en que profesoras responsables de la formación de tt.ss despliegan actitudes ambivalentes y, no obstante, no contradictorias, que oscilan entre el menosprecio y el paternalismo hacia la profesión.

Ahora bien, de los frecuentes trabajos elaborados por profesionales de una disciplina distinta al trabajo social, señalaré el texto de un autor español, que aunque no es el único, constituye un ejemplo amplio que ilustra la afirmación anterior. Manuel Moix Martínez en su texto, *Introducción al Trabajo Social*, recoge en el primer capítulo un epígrafe que resalta la necesidad de usar una correcta terminología para que cualquier disciplina pueda ser calificada de científica. Incide en tal cuestión, entre otras cosas, para abordar el problema de los nominativos en trabajo social. El párrafo que a continuación se cita comienza advirtiéndonos que el uso de una jerga científica extrema o exagerada puede llevar a la pedantería científica, a la ignorancia y a la confusión absoluta. Moix lo trata de la siguiente manera:

“Es, con todo, más recusable en otro extremo: el representado por quienes, ignorando el significado de los términos básicos y capitales, se confunden y equivocan a los demás, empleando unos por otros, y sembrando con ellos la confusión doctrinal más absoluta. ***Y lo peor es que, como ignorancia engendra ignorancia***, raramente un error se presenta solo, sino que, normalmente, se inserta y cobra sentido en una serie o sucesión de errores

producidos en cascada; no en vano también lo falso –y no sólo lo verdadero– tiene su propia dinámica o, si se prefiere, su propia lógica.

El empleo, por ejemplo, entre nosotros, en lo que va de siglo, de la expresión *Servicio Social*, para designar lo que en el universo mundo se conoce por *trabajo social*, constituye el más perfecto paradigma de cuanto se viene exponiendo.

***El tradicional papanatismo hispano, unido al desconocimiento de los idiomas básicos en el trabajo social, fundamentalmente del inglés, y al muy deficiente conocimiento de las realidades sociales, profesionales, científicas,<sup>15</sup> etc., etiquetadas con los aludidos términos, han hecho posible que los autores hispanoparlantes de ambos lados del Atlántico llamen Servicio Social al trabajo social, traduciendo así –y, por supuesto, mal– la expresión francesa Servicio Social, por la que los países francófonos vierten la inglesa Social Work<sup>16</sup> y sus equivalentes o correlativas en otros idiomas, como la alemana, Sozialarbeit, aunque últimamente hayan empezado ya a emplear también la locución Travail Social, cosa de que tampoco parece haberse enterado nuestros autores<sup>17</sup>.***

15 La cursiva y la negrilla son anotaciones de la autora.

16 Esta nota la introduce el propio Moix para aclarar: “Que es la denominación, no sólo originaria de una realidad de típico cuño anglosajón, sino también universalizada desde hace años por la acción y las publicaciones de la ONU”. La aclaración constituye un importante dato ya que la legitimidad universalizadora proviene de los países “avanzados” y de organismos pensados para desarrollar a aquellos con “déficit civilizatorios”.

17 *Ibid.*, p. 3.

La negrilla que destaco en el texto es para indicar la exigencia de incidir en ciertos temas de fondo que el autor señala sin empacho alguno. 1- la ignorancia engendra ignorancia; 2- el convencimiento de que la Historia del trabajo social tiene su origen en los países anglosajones y las razones implícitas en ello; 3- la descalificación de tradiciones profesionales diferentes a las consideradas centrales; 4- el desconocimiento de los "idiomas básicos" del trabajo social, entre los que no se encuentra el castellano; 5- la incapacidad del hispano-parlante, "por su papanatismo", para incorporar decididamente los presupuestos originarios y fundacionales de los países a los que el autor se refiere, etc. Se podrían enumerar algunas conclusiones más acerca de su posición, pero no es el interés prioritario, más bien se pretende demostrar el hecho de que con un imaginario de nuestra cultura profesional, como el que presenta Moix, qué resquicio queda para considerar los aportes del trabajo social a la comprensión de las realidades sociales y culturales. Además, ese autor produce una doble exclusión, la que proviene de considerar el trabajo social como una "ciencia de segunda" y la de establecer tradiciones verdaderas, como la anglosajona, frente a las derivadas, como las situadas en el ámbito iberoamericano.

Así y todo su esfuerzo no debe despreciarse por el ánimo prepotente de su discurso; en su trabajo se encuentran datos muy valiosos a tener presentes, sobre todo en relación con la evolución de la práctica profesional en el espacio cultural anglosajón protestante<sup>18</sup>, que

con tanta facilidad se ha considerado el exponente adecuado de evolución científica y académica - sin dejar atrás que es cuna del desarrollo capitalista, lo cual nos pone en una filosofía de la acción social, con matices bien particulares-. El "paradigma anglosajón" necesita una revisión profunda, no sólo desde nuestra "subdesarrollada" conformación profesional, sino desde los mismos países centrales situados a la vanguardia. Posiciones como la de Moix no tienen alcances aclaratorios.

Quiero detenerme, brevemente, en un tema planteado por Moix, el de la denominación profesional (*Social Worker*, etc.), que —entre otras cosas— no consigue ni explicar, ni puntualizar. Resulta inexplicable, pero se intuye, cómo posturas inconclusas son difícilmente respondidas desde el trabajo social. ¿Falta de valentía académica?, ¿temor a las estructuras de dominación académica?, ¿debilidad de la formación intelectual o *habitus* inscritos en nuestra forma de proceder, que dibujan los contornos de una estructura de dominación a través de la cual se silencian las discriminaciones, se les resta importancia a acontecimientos excluyentes, se procede con complejos, y se invisibilizan problemas seculares de la disciplina?

Como todas sabemos que el problema de la nominación de nuestra profesión no es una cuestión fácil de tratar y constituye un hecho que simboliza ciertos quiebres identitarios desde una panorámica general, lo

18 Los diferentes desarrollos teóricos, metodológicos y éticos producidos a partir del espacio cultural católico y del espacio cultural protestante, no sólo daría para otro artículo, sino para un libro completo. La intención no es en este trabajo tratar ambas diferencias, pero ellas están imbricadas en nociones acerca de la historia del trabajo social que aportan sentidos notablemente diferentes a esta disciplina y que

establecen jerarquías y legitimidades a las prácticas profesionales de un espacio cultural transfiriendo valores cerrados y unitarios. La forma en que Moix aborda la cuestión nominalista proviene de tradiciones de poder, al interior de la profesión, que adjudica un único sentido a la historia de esta profesión, sentidos en los que se socializan en su formación a los futuros profesionales.

cual permite incursiones como las de Moix. Lo más interesante es que necesitamos adentrarnos en los significados plurales que de ello se desprende, siendo necesario ir más allá de la cuestión nominativa, para situarnos en el espacio de la investigación de las tradiciones particulares del trabajo social, las cuales funcionan insertas en esas historias locales de las que se viene hablando. En esa pesquisa encontraremos los elementos identitarios de las prácticas profesionales, articulados a contenidos étnico-nacionales, culturales religiosos, idiomáticos, estructurales y económicos, que proporcionan sentidos a tradiciones nominativas diferentes.

El tercer y último ejemplo, de factura muy reciente en Colombia, puede ser la publicación de Francisco Leal Buitrago y Germán Rey, ambos editores del texto *Discurso y Razón. Una historia de las Ciencias Sociales en Colombia*, en el cual se incluyen trabajos de prestigiosas pensadoras colombianas que tratan, tal y como indica el título, la reflexión sobre la construcción del campo científico social en este país. A juicio de estos autores, *el trabajo social no forma parte, en el año 2000, de la comunidad académica colombiana*. En su índice no se previó reflexión alguna proveniente del trabajo social, ni acerca de él. No puede dejar de llamarme la atención que trayectorias recientes como las de los estudios de género o los de comunicación están, con todo el derecho, presentes, pero son posteriores a la presencia del trabajo social en Colombia. Las razones de la exclusión implacable de este importante debate oscilan entre varias posibilidades: 1- que los autores del libro desconocen la existencia de los estudios de trabajo social en Colombia, 2- que aún conociendo los estudios, no otorguen estatuto suficiente al trabajo social para compartir escenarios con otras disciplinas o, 3- simplemente, ni se lo hayan planteado, es decir, el trabajo social continuaría permaneciendo invisible a efectos de formar parte del, cada vez más amplio, círculo de estudios relacionados

con las cc.ss. Y nosotras continuamos preguntándonos acerca de las articulaciones del trabajo social con las cc.ss., y viceversa, en un gesto de “nobleza” académica. La pregunta sería, después de prácticamente un siglo de presencia de los estudios de trabajo social a nivel mundial, y, desde el año 1936 en Colombia, probablemente anteriores a la presencia de otras disciplinas como la Antropología, por ejemplo, ¿por qué se producen acontecimientos como éste? No puede naturalizarse la respuesta, o restarle importancia por estar acostumbradas a incidentes de este tipo. El hecho nos puede afectar –más o menos, depende de cada quién y de las circunstancias personales desde la que se lea el caso–, pero colectivamente, como grupo profesional y como disciplina que se enseña en este país, es un suceso con trascendencia simbólica, académica, política y social, que no puede seguir pasando inadvertido.

Me remito, nuevamente, a la eficacia de rescatar la memoria de la profesión, que conlleva la urgencia de registrar las luchas identitarias profesionales del Trabajo Social en el marco de la sociedad y del espacio de las Cc.Ss, no con la pretensión de reproducir los arquetipos heroicos en una suerte de historia madria –por no decir historia patria– del Trabajo Social. Más bien nos acercaría por la vía de la “arqueología de la construcción de su episteme”<sup>19</sup> a una visión crítica de esa historia y de su profesionalización. Esta perspectiva descansaría en la determinación de hechos que revelarían si ha sido –o no y de qué manera– una profesión definida y sometida sobre la negativización de los valores y contenidos inherentes a su propia naturaleza: 1- múltiples y complejas situaciones sociales estudiadas para intentar resolverlas, 2- diversidad de expresiones étnicas, nacionales y culturales, 3- interdisciplinariedad para enfrentar

19 FOUCAULT, M., *Arqueología del Saber*. Siglo XXI Editores, México, 1981.

problemas, 4- contenidos de género femenino útiles al conocimiento: intuición, afecto, sensibilidad, pero desconsiderados desde el paradigma positivista y racionalista, etc.

### **Interdisciplinariedad y el “rearme” identitario de los grupos profesionales**

Es necesario resaltar, del momento actual en las cc.ss., la adopción generalizada del discurso interdisciplinario y el asentamiento de las orientaciones pluralistas desde el ámbito intelectual –como refuerzo de las identidades profesionales para adecuarse a las nuevas demandas de los mercados laborales, intento de “colonización” de áreas no sedimentadas, nueva época de expansión científico académica–, para las cuales la revaloración del conocimiento experto es un dispositivo de poder fundamental. Tal consideración obliga a revisar “con pinzas” las condiciones de gestación del conocimiento en trabajo social y las confrontaciones por la consolidación académica y profesional. Se han producido tensiones que reflejan, entre otros, inseguridad de los discursos científicos acerca de lo propio, dificultades epistemológicas e inconvenientes interpretativos en cuanto al objeto de estudio, que es necesario revisar: ¿por qué si todos somos interdisciplinarios –lo cual supone cierta horizontalidad de los saberes que se ponen en relación– se producen tensiones, se reproducen jerarquías y se “rearmen” las identidades profesionales?

No puede perderse de vista que las diferentes culturas del trabajo, de las cuales derivan las identidades socioprofesionales, configuran un sistema tan imbricado en los sujetos, como las identidades étnicas o genéricas, con lo cual reportan un alto nivel de conflictividad. Lo que se está produciendo es, a mi modo de ver, un “rearme” identitario de los grupos profesionales, cuestión que, si bien involucra el conocimiento experto, no es exactamente su objeto. Además de tener en cuenta que las disciplinas tienen distintos grados de

reconocimiento social e impulso económico, tan necesario para la investigación académica, se trata de entender –adicionalmente– que disponen de un sector laboral organizado, que compite para garantizar su reproducción, enfrentándose a los poderes y justificando su existencia en el mercado laboral.

Las cc.ss. están descubriendo lo que el trabajo social ha venido desarrollando a lo largo de su historia, pues el reto de la mirada plural ha estado imbricado, por absoluta necesidad profesional y académica, en nuestro bagaje epistemológico. Dicha mirada no es un fenómeno de nuevo cuño en el trabajo social, por lo cual esta revisión crítica no está en contra de la complejidad interdisciplinaria del trabajo social, que ya en su momento obtuvo corrosivas censuras, lo cual no significa necesariamente que haya estado de acuerdo con ellas. Por lo demás, como ya dije, las cc.ss pueden permitirse el discurso interdisciplinario con relativa confianza ya que están nutridas de tradiciones comunes que pueden ser entendidas como interdisciplinarias, tradiciones comunes que –paradójicamente– se fundan en la diferenciación de cada una de ellas. Prospectivamente, se piensa en este documento, que el trabajo social debe incidir desde ahora mismo en la relación identidad-objeto, es decir, debe situarse buena parte de su esfuerzo académico, científico e intelectual, en la mirada interna con el propósito de no desdibujarnos. A mi entender, todavía es demasiado importante de un lado, continuar profundizando en el estudio de los diversos sentidos de la intervención profesional y, de otro lado, en delinear los alcances políticos, interculturales, sociales, ideológicos, etc., que deseamos construir a partir de las especificidades de nuestro saber.

El objetivo de esta proposición no es buscarle una nueva legitimidad –como ciencia– al trabajo social en el reino de las cc.ss, en donde siempre ha sido un paria, sino estimular el espíritu reflexivo, el posicionamiento identitario, y la contribución en la producción de saberes



socialmente útiles, sobre la base de su propia naturaleza y realidad epistemológica. El contexto de redefinición identitaria de las diferentes disciplinas sociales no puede hacernos perder de vista que la interdisciplinariedad además de ser un modo de aproximación a la complejidad social, también solapa otro tipo de situaciones relacionadas con la competición por posiciones más amplias y concretas en los campos laborales que se disputan las diferentes profesiones. El discurso interdisciplinario iguala aparentemente, pero continúa reproduciendo un esquema valorativo jerarquizado y tradicional. El peso histórico de las diferentes disciplinas no permite abrir paso a las demás –aunque aquellas blandan el estandarte de la interdisciplinariedad y el pluralismo–, sino que les redefine el sometimiento y encauza las opciones de configuración de la subalternidad.

Adicionalmente a lo que se viene exponiendo, la cultura academicista está protagonizando una crisis identitaria, si tenemos en cuenta el énfasis que Martín Barbero<sup>20</sup> atribuye al descentramiento y deslocalización que el saber está experimentando contemporáneamente en el marco de la relación producción-conocimiento. Los modos de circulación del saber no transitan sólo por las vías establecidas tradicionalmente: las universidades, las bibliotecas, etc. En la actualidad los medios de comunicación son las nuevas fuentes de poder en la transmisión y legitimación de saberes. La sacralidad de los marcos espaciales circunscritos a la academia, cede territorio a otros marcos, no sólo espaciales, sino también virtuales. La escisión entre los mensajes provenientes de las universidades y los que estudiantes pueden encontrar en otros contextos, controvierten la legitimidad unívoca del discurso

académico, que es reducido a atrincherarse dentro de sus fronteras. Razón de más para pensar en las sutilezas de reordenación del mercado profesional y del mercado del conocimiento experto mediante el uso de estrategias que se conectan con imágenes aceptables de cooperación e intercambio científico-técnico.

#### **Particularidades del aporte del trabajo social a la comprensión de la realidad contemporánea**

La crisis de la modernidad y de sus paradigmas, las dinámicas culturales globales y locales, la mundialización económica, el cuestionamiento de las fronteras disciplinarias, los nuevos métodos de la ciencia contemporánea y la creciente desigualdad social entre profesionales, académicos e investigadores dibujan un contorno concreto e incierto para el trabajo social. Concreto, porque es una condición real del presente, e incierto porque, al igual que otras disciplinas se preguntarán por su identidad bajo tales condiciones. El trabajo social necesita saber quién es, qué puede ofrecer y qué aprovechar en esta coyuntura tan diferente de cualesquiera otra en la que se haya desempeñado. Los aportes del trabajo social adquieren mayor sentido si se articulan al debate sobre la profundización y la apertura de nuevos caminos en relación con las exigencias de conocimientos actualizados, que demandan los campos de intervención profesional, y con el imperativo de pensar, desde lo que sabemos y somos, alternativas convivenciales, pluralistas y respetuosas ante la diversidad de las sociedades contemporáneas.

La impronta que dejó la modernidad en esta profesión permite visualizar las permanencias y alteraciones inscritas en los sentidos actuales de la disciplina. Las permanencias y alteraciones se requieren identificar con precisión porque son necesarias para comprender la estructura de nuestros saberes y su pertinencia contemporánea. La modernidad secularizó la concepción religiosa de acción

20 MARTÍN, J., "La crisis de las profesiones en la 'sociedad del conocimiento'", en *Revista NÓMADAS*, No. 16, DIUC/ Universidad Central, Bogotá, 2002.

social, y legó al trabajo social una distinción profesional que –presuntamente– se escindió de las significaciones simbólicas anteriores, y se ingresó a la academia, es el paso de las damas de la caridad a las trabajadoras sociales universitarias. No obstante, no cambió, la asociación unidireccional, no sólo material, sino simbólica, entre acción profesional y actividades laborales ceñidas a los espacios de pobreza, de marginación y de exclusión social, aspectos que delimitan un contorno preciso y, desde luego, subalterno, precarizado y subvalorado del trabajo social, aunque hay que decir que colegas se desenvuelven en ambientes diametralmente opuestos a éstos.

Lo que puede afirmarse es que el trato directo con la miseria, la interacción histórica de las miradas complejas entre el “miserable” y el “profesional” –inscrita en la retina de cada una de nosotras–, la precaria valoración social de la actividad profesional bajo el sistema económico capitalista, que de un lado produce pobreza y de otro la estigmatiza, no nos deja muchas posibilidades a las tt.ss para desarrollarnos como sujetos exitosos en el mundo capitalista, sino más bien nos sitúa en la tesitura de entendernos con la periferia social, siendo nosotras una parte más de tal periferia. Lo cual no nos hace ser mejores ni peores, sólo que nos sitúa en una condición de conocimiento particular, que sí podemos sentir nuestra, porque se ha gestado una predisposición a entender lo limítrofe y a negociar, también, desde ese lugar. El armazón identitario del trabajo social, desde muy temprana edad, se estructuró en torno a: primero, la comprensión de la diferencia, de lo diverso, de aquello que está condenado a subsistir en la periferia, segundo, de la comprensión de la desgracia, del sufrimiento, de las estrategias de subsistencia, y de la libertad que se desprende de lo limítrofe; y, tercero, de descifrar las pautas culturales que adoptan y despliegan las minorías socioculturales: mujeres, viejos, enfermos, niños, discapacitados, pobres, reclusos y reclusas, grupos étnicos,

inmigrantes, etc. Estructuración, afortunadamente, y lo digo así, porque significó también el aprender a dialogar con lo excluido y conocer las pautas hegemónicas para su normalización.

El trabajo social conoce de la convergencia de saberes, los utiliza, los produce y reproduce sin altibajos. Se moviliza en el terreno de lo público, es experto en construir eso que llaman ciudadanía desde la responsabilidad cotidiana, en exigir las condiciones que procuren el respeto del ser humano como sujeto de derecho en nuestras sociedades. Pone en interacción la vida cotidiana y la política institucionalizada, con tal pericia que conforman un modo particular de cotidianizar la política, hacerla comprensible y asumible a los diferentes sectores sociales. Desde la interpretación de ese saber, de sus lógicas de acción, se pueden deducir nuevas formas de gobernabilidad política, es decir, nuevos consensos sociales más acordes con aquello que Maffesoli llama “la socialidad y las potencias subterráneas que estructuran identidades”<sup>21</sup>, en las que residen claves de gobierno, quizás más democratizadoras de la vida social y política, que la autoridad política institucionalizada se esfuerza en desconocer. Según este autor, los elementos culturales que proporcionan sentido a los comportamientos de los sujetos insertos en la cotidianidad y a los grupos subalternos deviene en una cultura de resistencia identitaria ante los intentos de instrumentalización del Estado y de los sectores hegemónicos. La socialidad de los modos de interpretar es definida como la potencia que se opone, mediante la abstención, el silencio y la astucia al poder dominante de lo económico y político:

“El papel de la socialidad, más acá o más allá de las formas instituidas, que siempre existen y que a veces dominan, es el de una centralidad

21 MAFFESOLI, M., *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en la sociedad de masas*, Icaria, Barcelona, 1990.



subterránea informal que garantiza el perdurar de la vida en sociedad”<sup>22</sup>.

El trabajo social contribuye y está al frente de la tarea de la conversión de los individuos en sujetos políticos. Cuando el individuo no ha podido ser sujeto porque la democracia se empeña, “dada su juventud”, en restringir los derechos sociales y humanos a través de dispositivos de control y exclusión social, no pocas profesionales han quedado pasivas ante tal situación. Podemos pensar en la **Reconceptualización Latinoamericana** y sus demandas, así mismo podemos tener en cuenta la consistencia **del Movimiento Profesional de las Trabajadoras Sociales en España**, con el inicio de la democracia, y la reivindicación del Sistema Público Universalizado de Servicios Sociales. El trabajo social no es sólo un precario mediador entre el Estado y la sociedad para controlar perversamente a los pobres del mundo y para ponerse del lado de los poderosos. Creo que existirían serias lagunas teóricas y empíricas que puedan sostener y explicar la frase anterior, que es el pensamiento de un sector, que creyendo ser progresista, ha sido bastante retrógrado. Aun en el caso de que hubiera sido así, supongo que debemos admitir que en ese recorrido algún aprendizaje de los sectores desfavorecidos, algún intercambio, siquiera funcional, hubiésemos adoptado en el trabajo social.

Nuestra cultura del trabajo experimenta en el tiempo la convergencia de sistemas éticos que son tratados tradicionalmente en forma disociada, ya que uno de ellos responde al ámbito de lo público y el otro al de la vida cotidiana. El eje central que anuda los dos extremos se constituye en torno a la concepción de la ayuda social, que actualmente adopta otras denominaciones como cooperación, solidaridad, promoción, etc., aunque estas

últimas son formas diferenciadas, que reviste la misma noción de ayuda. El trabajo social sitúa su objeto de conocimiento y de acción, la ayuda social, en el vasto campo, en interacción, que abarca la ética, la política y la vida cotidiana de los sujetos y colectivos sociales. La trascendencia que la relación de estos elementos proporciona adolece de una absoluta actualidad, dada la complejidad de los problemas socioculturales, globales y locales. Si algo se necesita en estos momentos, son aproximaciones a nuestras realidades que contengan dosis de conocimiento especializado, imbricados con fundamentos éticos-políticos, organizados para la comprensión de la diversidad socio-cultural. Beck<sup>23</sup>, precisamente, reflexiona acerca de la expansión sin límite del conocimiento especializado, experto, como un fenómeno que imprime peligro y riesgo a la estabilidad de la sociedad actual, y entiende que a mayor dosis de conocimiento especializado, más riesgo para el conjunto de la humanidad. La salida viable para este autor la conformaría la combinación de conocimientos especializados con aquellos otros conocimientos que vienen de la experiencia social y de las memorias colectivas.

Si acudimos de nuevo a la relación entre cc.ss y trabajo social, teniendo en cuenta las características que vienen explicándose acerca de nuestro conocimiento y, también, los inconvenientes y particularidades en que el saber en trabajo social es producido, es más asequible comprender la diferencia entre **articulación** entre trabajo social y cc.ss, y **asimilación**, ya que esto último coadyuva a subsumir un saber considerado desorganizado, en otro entendido como totalidad coherente. Para no mostrar nuestro conocimiento desorganizado o poco sistematizado, hay que realizar un esfuerzo importante por objetivar nuestras prácticas y los códigos ético-políticos en los que se apoyan. La

22 Ibid., p. 26.

23 Citado por Martín Barbero, op. cit, 179.

subalternidad en la que se desenvuelve la acción profesional condiciona el desarrollo de habilidades para sistematizar e investigar y, a consecuencia de ello, se dificulta la construcción de disciplina. En nuestras manos queda la de organizarnos como “totalidad coherente”, que para serlo, no debe perder la capacidad esclarecedora de sus contradicciones.

## BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ, S., “La pacificación de la multiculturalidad globalizada. Recomposición de campos del saber y nuevas formas de intervención social”, en LORENTE y ZAMBRANO (Eds) *Estudios Introductorios en Relaciones Interétnicas*, Humanizar, Bogotá, 1999.

ALWYN, N., “Identidad e historia profesional”, *Revista Colombiana de Trabajo Social*, N°13, Bogotá, 1999.

ANDER EGG, E., *Historia del Trabajo Social*, Lumen, Buenos Aires, 1994.

BOURDIEU, P., *Meditaciones Pascalianas*, Anagrama, Barcelona, 1999.

ELIAS, N., *Conocimiento y poder*, La Piqueta, Madrid, 1994.

FOUCAULT, M., *La microfísica del poder*. La Piqueta, Madrid, 1992.

\_\_\_\_\_, *La arqueología del saber*. Siglo XXI, Madrid, 1996.

GRASSI, E., *La mujer y la profesión de asistente social. El control de la vida cotidiana*, Humanitas, Buenos Aires, 1989.

HILL, R., *Nuevos paradigmas en Trabajo Social*, Siglo XXI, Madrid, 1992.

LEAL, F. Y BUITRAGO, G. (Eds.), *Discurso y Razón*,

TM Editores, Uniandes, Bogotá, 2000.

LORENTE, B., “Género, profesión y cultura. Una aproximación al estudio de la identidad de los trabajadores sociales”, *Revista Servicios Sociales y Política Social* N° 49, Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social, Madrid, 2000 pp. 97-112; y *Revista de Trabajo Social*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2001 pp. 52-67.

\_\_\_\_\_, “La feminización, lo religioso y la profesionalización del cuidado. Elementos para el estudio de las llamadas profesiones femeninas. El caso del trabajo social”, en: LORENTE, B. (Ed), *El hecho religioso y la ayuda social. Estudios sobre su historia, epistemología y práctica*, Humanizar, Bogotá, Colombia, 2002 a.

\_\_\_\_\_, “Desarrollo, calidad de vida y derechos humanos. Apuntes para una discusión desde el Trabajo Social” en ZAMBRANO (Ed) *Etnopolíticas y Racismo*, UNAL, Bogotá, 2002 b.

MAFFESOLI, M., *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en la sociedad de masas*, Icaria, Barcelona, 1990.

MARTÍN BARBERO, J., “La crisis de las profesiones en la sociedad del conocimiento”, *Revista NÓMADAS*, N°16, Fundación Universidad Central-DIUC, Bogotá, 2002.

MATUS, T., *Propuestas contemporáneas en trabajo social. Hacia una intervención polifónica*. Espacio. Buenos Aires, 1999.

MOLINA, MV., *Las enseñanzas del Trabajo Social en España, 1932-1983*, UPCO, Madrid, 1994.

MOIX, M., *Introducción al Trabajo Social*, Trivium, Madrid, 1991.

NOWOTNY, H., *Trabajo Social, ¿mito o realidad?*,  
Almena, Madrid, 1980.

PAYNE, M., *Teorías contemporáneas del trabajo  
social. Una introducción crítica*. Paidós,  
Barcelona, 1995.

RED de la, N., *Aproximaciones al Trabajo Social*,  
Siglo XXI, Madrid, 1993.

RICOEUR, P., *Historia y verdad*, Encuentro, Madrid, 1995.

RIVERA, S. y BARRAGÁN, R. (Comp)., *Debates Post  
Coloniales: Una introducción a los estudios  
de la subalternidad*, SEPHIS, Aruwiyiri, Histo-  
rias, La Paz, Bolivia, 1997.

ZAMANILLO, T. y GAITÁN, L., *Para comprender el  
Trabajo Social*, Verbo Divino, Navarra, 1991.



